

PABLO ZEBALLOS

UN VIRUS ENTRE SOMBRAS

La expansión del crimen organizado
y narcotráfico en Chile

Catalonia

ZEBALLOS, PABLO

Un virus entre sombras
La expansión del crimen organizado
y narcotráfico en Chile

Santiago, Chile: Catalonia, 2024

224 p. 15 x 23 cm

ISBN: 978-956-415-095-6

CRIMINALES (INFRACTORES)
343.3

ENSAYOS CHILENOS
864CH

Diseño de portada: Mateo Infante Vergara
Corrección de textos: Hugo Rojas Miño
Diagramación interior: Salgó Ltda.
Impresión: A Impresores S.A.
Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, <http://www.sadel.cl>).

Primera edición: junio, 2024

ISBN: 978-956-415-095-6

RPI: solicitud b9yrnc (29/5/2024)

© Pablo Zeballos, 2024
© Editorial Catalonia Ltda., 2024
Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile
www.catalonia.cl - @catalonialibros

*A los hombres y mujeres que,
con sus esfuerzos anónimos, luchan diariamente por
proteger a nuestra infancia del influjo del crimen organizado.
Sus armas: la educación y el ejemplo. El campo de batalla:
las aulas de escuelas y colegios en zonas donde el miedo
y la impunidad crean una frontera peligrosa de cruzar.*

“Lo que realmente valoras
es lo que extrañas, no lo que tienes”.

JORGE LUIS BORGES

Índice

Observación inicial	13
---------------------------	----

I PARTE

La transformación del paradigma criminal de Chile	25
Tendencia de cambio en la fragmentación y atomización de la delincuencia chilena	26
Tendencia al fin del predominio de los ladrones por sobre otras dimensiones de la actividad delictual	27
Tendencia al fin de la tradicional relación con la cárcel y el replanteamiento de su significancia	30
Tendencia a la visualización de la actividad criminal como símbolo y vehículo de movilidad social.....	34
Cambios en el narcotráfico a partir de la penetración de la criminalidad extranjera	36
Cambios en el control territorial y la extorsión a partir de modelos extranjeros	40
Los cambios sociales del país y su relación con el cambio en el paradigma criminal	47
Una transformación local, parte de un proceso global	50
Una contracultura criminal en expansión	53
Un estereotipo visual y el <i>soundtrack</i> del crimen.....	53
El sistema penitenciario	59
Gendarmería de Chile.....	60
Nuestras cárceles	62
Comunicaciones criminales intrapenitenciarias	65

La advertencia de 2021.....	67
-----------------------------	----

II PARTE

El virus. El crimen organizado y las economías ilícitas	75
Criminalidad y globalización	75
Convención de Palermo, contexto y sus efectos.....	77
¿Cómo entender el concepto de crimen organizado?	82
Características principales del crimen organizado.....	85
Las etapas de asentamiento del crimen organizado.....	103
La reconfiguración actual del crimen organizado.....	107
Las fronteras permeables y los nuevos territorios autónomos transfronterizos	113

III PARTE

Chile. Sombras, alertas y recomendaciones	117
El contexto.....	117
Una política que puede ser contaminada	122
La corrupción judicial	126
El control territorial o abandono del Estado	130
¿Cartelización?.....	134
Despolitización o populismo	137
Mejorar la comprensión de los flujos económicos.....	139
Cárceles	142
Fronteras y migración no regulada.....	147
Academia.....	149
Necesidad de diagnóstico y buenas prácticas	151
Áreas de observación en Chile	153
Todo flujo genera reflujo	157

Epílogo	161
---------------	-----

ANEXO
LA OPINIÓN DE EXPERTOS

La tercera ola criminal. Por Douglas Farah	167
La paradoja de los sistemas carcelarios. Por Emiliano Arias	178
Un relato sobre el ingreso del Tren de Aragua. Por Carlos Basso	183
Desentrañando laberintos. Por Juan Castro Bekios	187
Entendiendo el crimen organizado contemporáneo: Diez ideas para su comprensión en el siglo XXI. Por Dra. Carolina Sancho Hirane	199
Ecuador. Un laboratorio para el crimen organizado. Por Arturo Torres	212
Agradecimientos	223

Observación inicial

“Nadie había aceptado todavía la enfermedad. En su mayor parte eran sensibles sobre todo a lo que trastornaba sus costumbres o dañaba sus intereses. Estaban malhumorados o irritados pero estos no son sentimientos que puedan oponerse a la peste”.

Albert Camus. *La Peste*

Tratar de entender el crimen organizado y las economías ilícitas representa un desafío tan apasionante como complejo. La evolución dinámica de las estructuras criminales es polémica y se convierte en un ejercicio peligroso cuando se comienzan a develar las ocultas conexiones que les permiten mantenerse seguras —dentro de un halo de impunidad cómplice—, acumulando y blanqueando millonarias ganancias ilícitas. Actúan como un virus que se infiltra y propaga sigilosamente entre las sombras que puede ofrecer un “Estado huésped”, permitiéndoles no solo fortalecerse sino también invisibilizarse en ese proceso.

Hace solo unos años, Chile no habría sido el foco principal si alguien hubiese decidido escribir sobre el crimen organizado. Hoy el escenario es distinto. Nos enfrentamos a una multiplicidad de señales alarmantes, tendencias emergentes y eventos continuos que difieren de lo que conocíamos, pero que son comunes en regiones asoladas por una criminalidad estructurada y consolidada.

Cuando una sociedad se ve repentina e inusualmente afectada por una violencia irracional que se asocia a nuevas formas y estructuras de la delincuencia organizada, se exige de sus autoridades respuestas contundentes. Lamentablemente, en muchas ocasiones, estas respuestas pueden resultar confusas o incluso contradictorias. Esto no necesariamente se debe a una acción deliberada o mal intencionada de la autoridad, sino que puede ser simplemente la

consecuencia de un exceso de confianza sustentado en un diagnóstico infundado o errado.

En los países severamente afectados por un crimen organizado sistémico, el reduccionismo también se observa como un rasgo común en las respuestas de las autoridades. Inicialmente, estas abordan el fenómeno y su impacto social desde un enfoque simplista, caracterizado por la tendencia a minimizar el problema como algo pasajero y desorganizado. Frecuentemente, se recurre a la implementación de medidas convencionales, presentadas como novedosas y adornadas con frases grandilocuentes que suenan bien para el sentido común, pero que en realidad no se ajustan adecuadamente en la realidad. Además, es común observar que el crimen organizado puede ser utilizado como la mejor excusa para intentar perpetuarse en el poder.

Sostengo que, como sociedad chilena, aún no hemos logrado desarrollar una percepción unificada respecto del riesgo al que nos enfrentamos. Ello a pesar de las múltiples advertencias que se emitieron en reportes de prensa, informes de la policía, Gendarmería y del Ministerio Público. Esta situación es el resultado de una serie de circunstancias complejas.

Las declaraciones de autoridades, líderes de opinión y expertos, algunos de ellos con conocimiento y otros aprovechando la ocasión, alimentaron esta peligrosa mezcla de confusión y división, desde la cual emergieron visiones extremas: por un lado, quienes alertaron sobre un descontrol criminal generalizado que requería medidas drásticas, incluso a costa de vulnerar los derechos fundamentales y, por otro, quienes aseguraban que la situación era simplemente una manipulación maquiavélica de casos aislados con la intención de ser utilizada para impulsar agendas mediáticas y políticas ocultas, y para ellos las impávidas estadísticas demostraban que nada había cambiado, o que incluso estábamos mejor que antes.

Entre acusaciones cruzadas, comenzaron a surgir propuestas de soluciones milagrosas y medidas extremas, a menudo impulsadas por perspectivas oportunistas y desinformadas. Fórmulas peligrosas e irresponsablemente simplistas que se iban presentando unas sobre otras, en una especie de competencia por figurar, construyendo un castillo de naipes. Lo irónico de la situación era que en los países donde el crimen organizado había logrado consolidarse

estos patrones de división y desorientación también se manifestaron durante sus respectivas etapas iniciales.

Esa es precisamente la mayor trampa: mientras los polos políticos se distancian y fragmentan a la sociedad con visiones sesgadas, acusaciones mutuas y una explosión de promesas irrealizables, la verdadera criminalidad organizada encuentra un punto en común: es ideológicamente agnóstica y poliamorosa. Solo le interesa encontrar socios funcionales a lo largo de todo el espectro político, los utiliza o se utilizan mutuamente para obtener réditos e impunidad, mientras se corroen los cimientos democráticos y la confianza ciudadana. Cuando estos asociados funcionales ya no son necesarios, se desechan o traicionan entre sí.

Ahora bien, este proyecto nació del interés por tratar de entender las características de una nueva forma de criminalidad que avanza rápidamente y con una violencia sin precedentes en Chile. Luego de una carrera de 20 años como policía, he tenido la oportunidad de trabajar por más de una década como consultor e investigador de campo, explorando diversos fenómenos, modelos y factores que influyen en la delincuencia organizada de países severamente afectados por este flagelo. En todo ese período, he tenido el privilegio de aprender de las experiencias de académicos e investigadores expertos, policías, custodios penitenciarios, periodistas, funcionarios públicos, abogados, empresarios, científicos sociales, como también de exconvictos y algunos líderes criminales —desde sus propias vivencias y contextos—. Sin embargo, las víctimas y los habitantes de zonas controladas por la criminalidad son siempre —sin saberlo— quienes han entregado los aportes más significativos para tratar de entender las dinámicas cambiantes del fenómeno del crimen organizado.

He compilado esas observaciones levantadas en distintas dimensiones temporales y geográficas que incluyen zonas oscuras y sociedades dramáticamente vencidas, complementándolas con datos de informes y reportes nacionales e internacionales de instituciones estatales, académicas y privadas especializadas. Este ensayo, escrito entre pausas de aeropuerto, domingos en la noche y desvelos, no pretende imponer ninguna verdad como absoluta. Hacerlo no solo sería ridículo y pretencioso, sino que también completamente irreal. Mi único anhelo es que estas páginas aporten a la reflexión y el diálogo, contribuyendo, aunque sea modestamente, a la comprensión y

el manejo de un problema que no puede, ni debe, continuar confusamente postergado en espera de decisiones políticas.

Estoy firmemente convencido de que temas ampliamente debatidos en círculos académicos y políticos también deben ser accesibles y comprensibles para todos. La primera línea de defensa contra las amenazas de la criminalidad organizada es, indudablemente, una sociedad informada. Hacia ese objetivo deben dirigirse nuestros esfuerzos por entender y enfrentar este nuevo fenómeno criminal. El mayor peligro surge cuando las actividades del crimen organizado comienzan a normalizarse socialmente y se va perdiendo la capacidad de asombro, se diluye el umbral de percepción del riesgo de afectación para nuestras democracias y el Estado de Derecho.

Como punto inicial, es necesario advertir que el crimen organizado y las economías ilícitas son fenómenos de tal complejidad que requieren una comprensión multidisciplinaria. Esa fue mi intención al solicitarle a varios profesionales que compartieran de manera libre sus experiencias, advertencias y observaciones sobre el fenómeno y sus impactos. De manera desinteresada y valiente, algunos de ellos quisieron sumarse y contribuyeron con valiosos aportes prácticos y teóricos, los que se incorporan como anexo final a este ensayo. Eso es lo que necesitamos como sociedad: escucharnos para enfrentar una realidad que avanza y que podría terminar impactándonos a todos, sin distinción.

Sin embargo, existen obstáculos significativos que impiden despertar del letargo social y comprender plenamente lo que está en juego: nichos celosamente custodiados, barreras ideológicas difíciles de sortear, desconfianza generalizada y una desmedida polarización social, mayoritariamente observable en las anónimas y lapidarias redes sociales. Estos son algunos de los factores clave que bloquean una discusión abierta y la formación de consensos. Por ello, el diagnóstico adecuado debería basarse más allá de la coyuntura política, en un análisis metodológico del fenómeno criminal emergente, integrando la experiencia práctica de las fuerzas penitenciarias, las policías y los fiscales del Ministerio Público con investigaciones y estudios académicos rigurosos. Lamentablemente, esta integración rara vez se logra. Fiscales y policías son evaluados en función de casos resueltos y sentencias obtenidas, abandonando

por necesidad el estudio profundo de las causas o dinámicas criminales, y frecuentemente esa valiosa experiencia no se comparte eficazmente con el mundo académico.

El enfoque académico tiende a concentrarse en la teoría del fenómeno del crimen organizado, apoyándose en estudios previos, modelos y estadísticas oficiales útiles, pero que no necesariamente reflejan la realidad de las calles y los barrios. La experiencia comparativa de otras realidades criminales, las consideraciones etnográficas y el trabajo de campo a menudo no se consideran dentro de algunos círculos académicos influyentes. Probablemente, ese sea uno de los motivos por los cuales algunas de las explicaciones que la academia entrega queden desfasadas frente a la rápida evolución del fenómeno criminal, especialmente en una sociedad que demanda más respuestas que preguntas.

Sin embargo, es la complejidad que introduce la dimensión política, especialmente en periodos electorales o de crisis, la que añade un gran obstáculo. Algunos actores políticos, al tratar de sacar provecho para su propio beneficio de las manifestaciones de la delincuencia o el crimen organizado, generalmente solo distorsionan la comprensión del problema, lo que al corto o mediano plazo, con frecuencia, lleva a la implementación de soluciones ineficaces que resultan en una significativa pérdida de tiempo y de recursos.

En todas estas dimensiones, la soberbia y el individualismo siempre jugarán en contra de la sociedad.

Nos encontramos ante un panorama extremadamente complicado. Por esta razón, estas páginas no buscan controversias ni cuestionar las explicaciones oficiales, institucionales o académicas sobre el fenómeno criminal que nos afecta. Estoy convencido de que, como sociedad, nos enfrentamos a un desafío de tal complejidad que difícilmente alguien podría afirmar saber más que otro. Es una realidad más intrincada y profunda de lo que estamos dispuestos a reconocer. No se trata de ganar elecciones, criticar al gobierno o mantenerse en la comodidad que ofrece un cargo de autoridad; estamos hablando de nuestro sistema democrático y social.

Para enfrentar una criminalidad emergente, debemos darnos la oportunidad de intercambiar opiniones y experiencias, evitando la soberbia profesional, la competencia institucional o el sesgo ideológico partidista, algo lamentablemente muy difícil de realizar

en nuestra realidad actual. La apertura de enfoque es la única manera de fomentar un esfuerzo que conduzca a un diagnóstico integral, objetivo y ampliamente compartido que nos permita —al menos— intentar enfrentar la amenaza que nos acecha.

Estamos siendo testigos de una transformación histórica en el crimen organizado. Un cambio que trasciende las fronteras del país, ya que afecta —de diversas formas y estadios— a gran parte de la región. Nos enfrentamos a un fenómeno transnacional cuyas dinámicas constituyen una amenaza existencial para naciones que han subestimado, durante años, el potencial destructivo de esta forma de criminalidad. Este fenómeno actúa como una combinación de *virus y sombras*, convirtiéndose en una de las principales amenazas para el Estado de Derecho en la actualidad.

La criminalidad que observamos avanzar tiene la habilidad para mutar, infiltrarse, adaptarse y aprovechar las vulnerabilidades y nieblas de los sistemas democráticos, corrompiendo sus bases y socavando las estructuras e instituciones públicas, especialmente de democracias o sociedades frágiles, divididas y con una institucionalidad deteriorada. Estos son, sin duda, sus huéspedes predilectos en la búsqueda de su objetivo final: la captura del Estado. Constituyendo una amenaza más real de lo que comúnmente se cree, debido a que se oculta en sombras que ayudan a invisibilizarla.

Ejemplos recientes como Ecuador nos demuestran que, desmantelar el tejido social de una sociedad con bases democráticas débiles o con estructuras institucionales frágiles, puede ser una tarea relativamente sencilla para entidades criminales. Sin embargo, su reconstrucción representa un desafío enorme, un esfuerzo que, incluso en el mejor de los casos, podría llevar décadas. En algunos contextos, una recuperación total puede resultar imposible, principalmente por la existencia de oscuras interacciones simbióticas entre crimen y poder. Un poderoso entrelazado de virus y sombras que se fortalece al imponer la resignación a una sociedad exhausta y sometida por el temor; una sociedad dispuesta a ceder.

El factor más alarmante de la nueva realidad criminal en la región, y en particular en Chile, es la velocidad con la que ocurren los eventos en comparación con nuestra capacidad para comprenderlos y contrarrestarlos. Algo que experimenté en varias oportunidades mientras escribía este libro. Mientras intentaba describir un hecho

observado en países y zonas altamente criminalizadas, que podría servir como advertencia futura, las noticias relataban un incidente ocurrido en Chile que coincidía exactamente con lo que preveía como una señal de alarma. Esto resultaba más preocupante que frustrante. La velocidad de avance del virus criminal es una característica que va impactando en todos los ámbitos, desde la inversión extranjera hasta la vida cotidiana de las personas en sus hogares.

Por ello, siempre será imprescindible disponer de un diagnóstico único, metodológicamente sólido, transversalmente aceptado y políticamente imparcial. Uno que combine el rigor académico con la investigación de campo observando fenómenos emergentes y alejándose de los discursos politizados o infundados. Un enfoque que trascienda las meras expectativas de ganar o perder elecciones y sobre el cual se deben realizar estudios prospectivos que se apoyen en un monitoreo y evaluación constantes. Debemos ser capaces de detectar a tiempo las mutaciones del *virus* y los espacios sombríos que este aprovecha. Para ello no solo es necesario considerar la experiencia comparativa nacional, sino que también los actuales escenarios criminales internacionales fuertemente interconectados. Sin duda, esta no es una tarea fácil. De hecho, existe un consenso entre los investigadores del crimen organizado: nuestra comprensión más actualizada puede que solo sea una fotografía del pasado.

No tener un diagnóstico aceptado transversalmente es muy riesgoso y se asemeja a la conducta de un médico negligente que, al tratar a un paciente con múltiples síntomas, elige —ya sea por desinterés, pereza, incapacidad o por evitar enfrentar la situación— no realizar los exámenes necesarios para descartar o confirmar una enfermedad más compleja. En su lugar, se concentra solo en tratar dolencias menores. Cuando la enfermedad principal finalmente se manifiesta, es demasiado tarde para un tratamiento efectivo. Las acciones del médico, aunque puedan haber ofrecido alivio temporal al paciente o su familia, inevitablemente conducirán a consecuencias desastrosas, perdiendo un tiempo valioso que nunca podrá ser recuperado.

Un ejemplo de ello fue el uso inicial del concepto de “crimen organizado” en Chile, que frecuentemente se reduce solo al narcotráfico, la violencia irracional y los actos sangrientos. Si bien esta idea no es del todo incorrecta, la realidad de estructuras criminales organizadas y arraigadas en un territorio puede ser mucho

más compleja. La ausencia de violencia visible no implica necesariamente la inexistencia de delincuencia organizada; por el contrario, puede ser indicativo de una consolidación y control territorial probablemente en concomitancia de poderosos actores.

En esencia, el crimen organizado opera como un modelo económico que busca su propia perpetuación, y para alcanzar este fin necesita de aliados o socios dentro de las esferas del poder, quienes, desde las sombras, se encargan de alimentar y configurar mecanismos de impunidad que se entrelazan en redes complejas y poderosas. Cuando estas redes consiguen corromper de manera generalizada las estructuras del Estado, el crimen organizado y el poder se fusionan en una entidad invisible pero omnipresente, amparada por una institucionalidad corrompida.

Cuando ello sucede, una prensa honesta e independiente emerge como la última línea de defensa social, asumiendo el peligroso deber de exponer estas interacciones criminales. Lamentablemente, el crimen organizado también es consciente de la importancia del periodismo en iluminar esas áreas oscuras. Tuve el honor de conversar con Dante Leguizamón, un abogado destacado y valiente defensor de los derechos humanos. Dante es hijo de Santiago Leguizamón, quien fue el primer periodista paraguayo asesinado por atreverse a denunciar las conexiones entre el narcotráfico y el poder.

Cada 26 de abril se conmemora en Paraguay el Día del Periodista en homenaje a la creación del primer periódico de circulación nacional¹. En la tarde de un 26 de abril de 1991, Santiago Leguizamón se retiraba de la estación radial que dirigía en la ciudad de Pedro Juan Caballero —ubicada en la frontera con Brasil—, tenía la intención de llegar a casa y celebrar junto a su familia. Sin embargo, no pudo hacerlo. Fue interceptado por un grupo de sicarios que lo asesinó de manera alevosa y brutal. Los detalles de su crimen, incluyendo el objetivo, el método, el lugar y especialmente la fecha, no fueron eventos aleatorios. Todo fue parte de una meticulosa planificación, destinada a implantar uno de los sellos propios del crimen organizado: el mensaje de intimidación.

Santiago Leguizamón había realizado una serie de reportajes de investigación respecto a oscuros negocios vinculados al

1. *El Paraguay independiente* tuvo su primera edición el 26 de abril de 1845.

narcotráfico y la corrupción política, lo que había provocado una serie de asesinatos en la frontera. En su programa, Santiago desmascaró valientemente a jefes mafiosos que, en aquel entonces, gozaban de protección al más alto nivel político del Estado. Hasta el día de hoy, la impunidad prevalece y los autores intelectuales del crimen continúan sin ser juzgados, ello aunque sus nombres sean un secreto a voces en Paraguay.

Desde el trágico día de su homicidio, el crimen organizado ha asesinado a más de veinte periodistas en ese país, y un número indeterminado ha sido silenciado, amenazado o coaccionado para que dejen de escribir y opinar. Todo en un contexto de total impunidad, bajo la sombra de facciones corruptas del poder asociadas. Lamentablemente, esta no es una situación exclusiva de Paraguay, se replica en todos los países y territorios donde la criminalidad organizada ha logrado establecerse. Este angustiante párrafo se mantendrá con puntos suspensivos para todos aquellos valientes profesionales de la prensa que todavía se atreven a investigar y denunciar las oscuras relaciones entre poder y criminalidad.

Hablar con Dante y escuchar su impactante historia, marcada por una resiliencia admirable y un deseo de justicia libre de odio y venganza, ha sido inspirador, al igual que los relatos de todas las víctimas directas e indirectas del parásito crimen organizado. Dedico este libro como mi más respetuoso y humilde homenaje a esas víctimas y como reconocimiento a los honestos y anónimos funcionarios públicos, investigadores y periodistas que, en silencio, contribuyen a la creación de una sociedad más informada, resiliente y vigilante.

Santiago de Chile, enero de 2024.